# Cuento de Navidad : viaje de Navidad

Autor(en): **Hammel, Hanspeter**

Objekttyp: **Article**

Zeitschrift: **Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero**

Band (Jahr): **34 (2007)**

Heft 6

PDF erstellt am: **29.05.2024**

Persistenter Link: https://doi.org/10.5169/seals-908626

**Nutzungsbedingungen**

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.
Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.
Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

**Haftungsausschluss**

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

Ein Dienst der *ETH-Bibliothek*
ETH Zürich, Rämistrasse 101, 8092 Zürich, Schweiz, www.library.ethz.ch

**http://www.e-periodica.ch**

# *Viaje de Navidad*

DE -MINU

HANS WAGNER, CONDUCTOR DE TRANVÍAS, SE HABÍA APUNTADO PARA EL TURNO DE NOCHEBUENA, y Charlotte le había bombardeado con todo tipo de reproches. «Claro, yo *me* quedo aquí, dando de comer a todo el clan, y *tú* te largas...»

Ya era de noche. Wagner estaba sentado en la cabina del conductor. Se preguntó por qué la gente se empeñaba en ir a ver a su familia en Nochebuena, cuando lo único que conseguían era echar leña al fuego y pelearse. Nada más llegar, Ilse, su cuñada, había hecho un par de comentarios malintencionados sobre los sueldos de los conductores de tranvías, para luego presumir de su crucero por el Caribe, dando pie a su suegra para gruñirle: «Mira, *ellos* sí que se lo pueden permitir...».

A él también le hubiera gustado regalarle un crucero a Charlotte. Con tres niños, no podía permitirse ningún lujo, pero por lo menos, su sueldo de la categoría 16 llegaba para comprarle la olla a presión que quería.

Wagner echó una ojeada por el retrovisor. Después del último tumulto de las cinco de la tarde, la ciudad parecía muerta. En los barrios periféricos centelleaban los primeros árboles detrás de las ventanas, el tranvía estaba prácticamente vacío.

Solo el viejecito con el cuello de piel hacía ya por tercera vez el mismo trayecto en el último asiento.

Max Gut miraba una y otra vez el pequeño móvil que se había comprado hacía medio año. Les había dado el número a sus dos hijos. Pero, excepto una vez, cuando uno de ellos necesitaba una firma para la venta de un terreno, nunca le habían llamado. Y esta vez, Patrick se apresuró además a explicar que se marchaba a esquiar en Navidad y que su hermano se iba con él.

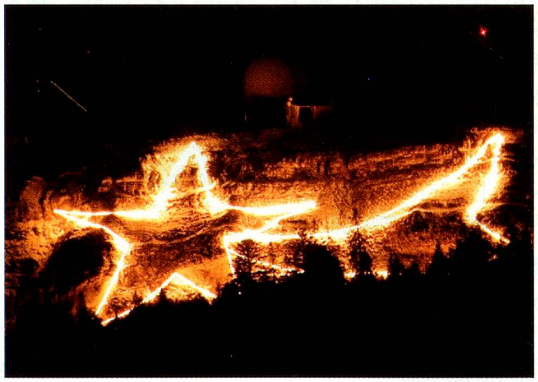
El tranvía traqueteó en la última parada al entrar en el bucle de retorno. Max Gut siguió sentado, el conductor del tranvía estaba a su lado. —¡Feliz Navidad! ¿Está solo?

Para Hans Wagner, estos pasajeros perpetuos no eran nada nuevo, solía ser gente solitaria.

Se sentó en el banco de dos plazas, junto al pasajero, abrió el termo de café, y le dio un dulce de Navidad. —Los hace mi mujer, son los mejores.

—No es bueno estar solo —balbuceó Gut—, sobre todo esta noche...

—A veces, uno tiene familia pero está solo —respondió Wagner, que le habló de las tensiones en su casa—. Quiero irme de viaje con mi mujer, los dos solos... Pero con tres hijos es casi imposible —suspiró Wagner—. Hago horas extra, cojo el turno de un compañero, como esta noche, y así vamos tirando... —dijo con una sonrisa amarga—. Pero no nos llega para lujos, y eso es lo que me fastidia. Aunque solo fuera una vez, querría hacerle un regalo especial a mi mujer, un detalle, para que vea lo importante que es para mí.



Max Gut miró sonriente al conductor del tranvía. —Ella tiene el mejor regalo, alguien que la quiere de verdad.

A la una de la madrugada terminó el turno y el último trayecto. Gut se despidió del conductor del tranvía y le dio un sobre. Para entonces ya se tuteaban.

Wagner le estrechó la mano al viejo. — ¡Mañana te vienes a cenar con nosotros! Comeremos restos, ¡Lotti hace maravillas con los restos!

Cuando Wagner llegó a casa, su mujer estaba ordenando el salón.

—¿Qué tal todo? —preguntó mientras colgaba la gorra de tranviero en el perchero.

—Como siempre —contestó ella—. Ilse me ha regalado una bolsa de viaje. ¿Para qué quiero yo una bolsa de viaje? —preguntó mientras ponía los últimos vasos en la bandeja para llevarlos a la cocina.

Wagner le quitó la bandeja de las manos. —Esta vez, Ilse ha tenido una idea genial. ¿Por qué no nos vamos de viaje? Charlotte sonrió un tanto amargada. —¿Con qué dinero? Él la atrajo hacia sí. —Tengo una pequeña sorpresa para ti, digamos que dentro de la olla a presión... Aturdida, miró el contenido, un sobre con tres billetes de color violeta. — Pero Hans... Hans... esto es... ¿de dónde los has sacado? Hans Wagner le acarició el pelo a su mujer. —A veces ocurren milagros en Navidad, aunque te parezca mentira, el Niño Jesús estaba hoy en la línea 6 del tranvía...

Al llegar a casa, Max Gut estaba contento, sí, casi se sentía feliz. Era bonito ayudar a otras personas, en realidad, *ese* era el auténtico espíritu de la Navidad.

Ya desde la puerta oyó sonar el teléfono, abrió corriendo. —¿Dónde te habías metido? Te hemos llamado cien veces y estábamos preocupados — eran sus dos hijos que le hablaban muy nerviosos —. También te llamamos al móvil...

Max Gut sintió un nudo en la garganta. Sacó el móvil del bolsillo del abrigo. Estaba apagado. —Estaba en el tranvía... —dijo en voz baja. — ¿EN EL TRANVÍA? ¡Y ni siquiera has respondido a nuestra sorpresa! — le regañaron al otro lado de la línea— ¿no has recibido la carta urgente? — ¿Carta urgente? — Max Gut no había hecho caso del papelito rojo pegado a su buzón, pensó que sería una equivocación, ¿quién le iba a mandar una carta urgente?...

— Dentro está el billete de tren. Mañana te recogemos en Davos y...¡Papá! ¿Qué pasa...?

Max Gut se secó las lágrimas. — Nada, nada... pero vosotros deberíais iros a esquiar y disfrutar... voy encantado... y me traigo a una pareja de amigos, él es una especie de Niño Jesús de la línea 6 del tranvía...

---

HANSPETER HAMMEL, alias -minu, es autor de varios libros, periodista, y vive en Basilea y en Roma


Foto: Keystone